

## **ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE POLITICA SOCIAL Y POBREZA\***

**Eugenio Tironi**

En estas páginas se señala que la investigación “Habilitación, pobreza y política social” (coordinada por Ignacio Irarrázaval) tiene el mérito de permitir, por un lado, una mejor comprensión de la pobreza, pues se la percibe como un fenómeno más universal y no exclusivamente de los países subdesarrollados, y, por otro, el de subrayar su carácter heterogéneo, es decir: hay pobres y pobreza, en plural. Esto último, a su vez, pone de relieve la necesidad de definir instrumentos de política diferenciados para los distintos grupos de pobres, de acuerdo a la clasificación propuesta en dicho estudio: pobres “más habilitados” y pobres “menos habilitados”. El concepto de “habilitación” que allí se propone, afirma E. Tironi, inaugura un enfoque interesante, ya que permite resolver la disociación existente entre la mitología popular chilena (la idea de que el “roto” tiene ingenio, capacidad para salir adelante, etc.) y la visión paternalista que suele derivar de las teorías sociales e impregnar las políticas asistenciales.

---

EUGENIO TIRONI. Doctor en Sociología. Profesor del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile. Ex director de la Secretaría de Comunicación y Cultura (1990-1994) y autor de varios libros en los campos de la sociología y la política.

\* Comentario al trabajo de Ignacio Irarrázaval, “Habilitación, pobreza y política social”, presentado en Seminario que se efectuó el 30 de abril de 1995 en el Centro de Estudios Públicos. Véanse en este mismo número el texto completo del trabajo de Ignacio Irarrázaval, así como el trabajo de Pablo Jordán “Descentralización y habilitación”, realizados ambos en el marco del proyecto de investigación “Descentralización, Desarrollo Social y Pobreza”.

**E**xpondré en esta ocasión –tal como lo manifesté al ser invitado– mis reacciones inmediatas y espontáneas frente al trabajo “Habilitación, pobreza y política social” que ha presentado Ignacio Irarrázaval.

En primer lugar, me sorprende el tipo de literatura –principalmente norteamericana– que se emplea en este trabajo. No es corriente que para tratar el tema de la pobreza se recurra a literatura proveniente de países desarrollados. Esto me parece un hecho fundamental, pues implica dejar de ver la pobreza como una propiedad del subdesarrollo, y entenderla más bien como fenómeno interno de toda sociedad, inclusive de las más desarrolladas y modernas. Es comprenderla no como una anomalía, sino como un fenómeno sociológico central. De hecho, en la medida que se extiende, la pobreza ha adquirido otro status dentro de la teoría social, dejando de ser un problema exclusivamente nuestro, de países subdesarrollados latinoamericanos. Esta perspectiva más universal ayuda a comprender mucho mejor el problema de la pobreza, y por esta opción felicito a los investigadores del trabajo que comentamos.

En segundo lugar, este trabajo tiene el mérito de sacarnos de un debate estéril, como es la discusión clásica entre, por un lado, aquellas corrientes que ve a los pobres como un bolsón cerrado, apático, anómico, incapaz de salir por sí mismo de su condición y, por consiguiente, necesitado fundamentalmente de la acción del Estado para salir adelante; y, por otro, de aquellas corrientes que asignan a los pobres un potencial emancipatorio que va incluso más allá de ellos mismos. La primera visión tiene larga tradición en Chile. Ha inspirado muchas políticas y está presente en distintos instrumentos. Su presencia no sólo está tras las políticas universalistas, sino también tras toda política de focalización, pues éstas, en el fondo, plantean identificar a los más pobres dentro de los pobres y acudir a ellos para sacarlos adelante, en el supuesto no explícito de que, por sí mismos, son incapaces de hacerlo. La otra escuela o tradición ve más bien a los pobres como un actor histórico capaz no solamente de salir por sí mismo de su condición, sino además, en ese proceso, capaz de sacar a la sociedad entera de un estado de perdición y, de alguna manera, purificarla. En esta última perspectiva es posible encontrar desde las corrientes revolucionarias que apostaban a la capacidad de “los condenados de la tierra” para emancipar a toda la sociedad de las cadenas del capitalismo, hasta las visiones cristianas que apostaban a la fuerza “liberadora” de los pobres.

Tercero, quisiera subrayar la importancia que tiene lo que aquí se señala en relación a la heterogeneidad de la pobreza. Esta dejó de ser un bolsón homogéneo, cerrado; por lo tanto, no se la puede atacar unívoca-

mente con un tipo de política. A simple vista, el grado de segmentación que tienen los pobres es igual o mayor del que se observa en el resto de la sociedad. Incluso en las poblaciones de mayor pobreza hay distintos estratos (un barrio alto, uno medio y otro bajo), y la gente tiende a agruparse internamente en torno a ellos. Hoy es saber común que no se puede hablar de pobre o de pobreza, porque hay pobres y pobreza en plural.

Luego, está la pregunta que cruza este trabajo: ¿por qué, por ejemplo, dentro de una población en que todos partieron en iguales condiciones, con el curso del tiempo se produce tanta diversidad interna? ¿Por qué algunos dejan la pobreza, mientras otros se hace más pobres?

Creo que, para dar una respuesta a tal interrogante, se han fetichizado distintos factores. Por otra parte, para explicarlo se ha recurrido a los programas sociales; esto es, que ha dependido de la eficacia de la acción del Estado el que los pobres dejaran de serlo. Después, el fetiche ha sido la organización: aquellos que se organizaba para resolver por sí mismos ciertas carencias o para presionar al Estado y obtener de éste mayores prebendas, privilegios o políticas que los ayudaran, eran los que progresaban. Puede que haya algo de eso, pero obviamente no es sólo eso.

Está también la tesis según la cual todo depende simplemente de la capacidad para aprovechar las oportunidades que ofrece el proceso económico general. Con ella se introduce el concepto de “habilitación”, que apunta a identificar los factores personales, espirituales, que inciden en que los pobres “surjan”, se alejen de la condición de pobreza o la abandonen. Desde esta perspectiva, el fenómeno de la pobreza estaría relacionado con aquellas personas que, según determinados indicadores, se comportan, negativamente, como “menos habilitados”. Se llega así a una suerte de micro-sicología de la pobreza que tiene validez, pero que hay que cuidar de no fetichizar, a fin de no caer en el esquema de la clásica pregunta sobre el huevo y la gallina: aquellos pobres que “surgen”, ¿no son precisamente aquellos que no se comportan como pobres?

En todo caso, el concepto de “habilitación” (dentro del cual caerían, según este estudio, la mayor parte de los pobres) inaugura un enfoque interesante, puesto que permite resolver la disociación existente entre la mitología popular chilena y las teorías y políticas sociales. En el sentido común, en efecto, es artículo de fe que el “roto” tiene capacidad de trabajo, ingenio para salir adelante, y hay tantos casos que demuestran lo cierto de este supuesto; en las teorías y políticas sociales, en cambio, predomina la visión paternalista.

Al respecto, un punto interesante es la tesis de que la política social debe apoyar a los que surgen, vale decir, a los “habilitados”, y no focalizar-

se exclusivamente en los “menos habilitados”, en los que se encuentran en condiciones de pobreza extrema. Digo esto, aparte de las razones que aquí se entregan, por el efecto de demostración que tienen para los pobres en general el hecho de que algunos pobres dejen de serlo. Esto es probablemente más eficiente en la superación de la pobreza que la ayuda focalizada a grupos en estado extremadamente crítico. Y con ello se abre un gran tema: la necesidad de replantear el tema de la focalización, en el sentido de que las políticas sociales no se deberían focalizar sólo hacia los “menos habilitados”, sino que habría, por lo menos, que bifocalizarla, incluyendo entre sus beneficiados a los “habilitados”. Más aún, habría que multifocalizarla, puesto que sabemos que las condiciones de pobreza son múltiples, y son diversos los tipos de pobres. No sé si con esto no estamos de vuelta a la política social universalista, fuertemente criticada por algo que ahora se transforma en un mérito: “chorrear” beneficios a sectores (seguramente “habilitados”) que no estaban en condición de pobreza crítica.

Por otra parte, creo que también es interesante la validación que hace el trabajo comentado de la ONG, en cuanto al estilo que privilegia el método por sobre los resultados; vale decir, que en el diseño de aplicación de la política social lo que importa son las capacidades, las destrezas individuales y grupales que va adquiriendo la gente que participa en ellas —esto es, la habilitación—, más que los resultados materiales tangibles, más incluso que la alteración directa de ciertos indicadores de pobreza. Ello rompe con la visión economicista clásica que, en cierto modo, ha reinado y reina en todo el mundo.

En algún punto del trabajo que comentamos se dice que la pobreza no se puede erradicar sin el esfuerzo y dedicación de los propios pobres. Estando de acuerdo en principio, creo esencial afirmar que sin embargo no basta con su esfuerzo para salir de la pobreza. Hay una dimensión más sistémica, más estructural de la pobreza: la pobreza se refiere precisamente a aquellos que, aun con su propio esfuerzo llevado a extremos, no pueden salir de ella.

Creo que en este trabajo se valoriza poco el factor educación, no como aquello que permite salir de la pobreza, no como instrucción, sino como habilitación. Porque la educación, además, tiene un efecto estructurante no sólo sobre el individuo, sino sobre la familia. Y ésta se reconoce como un elemento esencial para salir de la pobreza, en tanto es en las redes familiares donde se gestan las habilidades básicas para arrancar de dicha condición.

Finalmente, creo necesario tomar en cuenta la relación que tiene con la pobreza el entorno físico y social. Todos conocemos casos de la “nana”

que trabajó treinta años en una casa, que logró educar a sus hijos y ahora está bien y vive con ellos. No creo que la explicación sea simple que esta nana tuvo un sueldo bueno durante largo tiempo; lo más importante está en que ella tuvo una posibilidad de socialización que la habilitó. Es un ejemplo doméstico en todo el sentido de la palabra, pero con él quiero platear que las políticas sociales deberían considerar el tema de la socialización como un factor clave para responder a la pregunta de por qué algunos pobres dejan de serlo. La segregación espacial es, en este sentido, un factor profundamente “inhabilitante”; y ésta es una variable que habría que tener mucho más en cuenta en el diseño de las políticas contra la pobreza. □